

El Siglo XX chileno visto desde el siglo XXI. Una Voz Crítica*

En primer lugar quiero puntualizar lo siguiente, en relación al marco general donde se inserta esta interpretación del “Siglo XX chileno” destinada a comprender el Chile de hoy, en el siglo XXI. Mi planteo, a diferencia de las exposiciones hasta aquí presentadas, asume una perspectiva socialista y popular.

En segundo lugar: estimo necesario delimitar cronológicamente el siglo XX chileno, pues de esa manera estamos también marcando el inicio del siglo XXI. De la misma forma como se plantea que el siglo XX europeo es un siglo corto, lo mismo podemos sostener para el siglo XX chileno. Se trata de un siglo histórico breve, de tan solo 43 años, o sea, menos de medio siglo¹. Y si consideramos además que el punto de arran-

* Exposición realizada en el Panel Miradas Históricas al Chile Hoy en el Seminario Chile Hoy: Voces Críticas, organizado por el Centro de Investigaciones Sociales de la Universidad ARCIS, en noviembre de 1996. El panel estuvo integrado por los historiadores Alfredo Jocelyn-Holt, Gabriel Salazar, Gonzalo Vial Correa y Juan Carlos Gómez Leyton. El presente artículo se construye a partir de la desgrabación de la intervención realizada por el autor en dicha ocasión. Agradecemos a Irma Véliz el habernos facilitado el casete de audio que contiene la grabación de nuestra exposición.

¹ En ocasión del IV Encuentro de Historiadores planteé en mi ponencia “El Estado Capitalista de Compromiso: difícil camino al socialismo, 1938-1973” que el siglo XX en Chile era un siglo corto –en realidad– brevísimo, de tan solo 35 años. En aquella oportunidad los hitos demarcatorios estaban relacionados con el ascenso al gobierno de los partidos populares. En 1938 el Partido Socialista y Comunista, que integraban en alianza con el Partido Radical, el Frente Popular; ganaron las elecciones presidenciales de ese año. Asumiendo por primera vez el gobierno del Estado capitalista en Chile. Treinta y dos años más tarde los partidos populares volverían al gobierno, al ganar las elecciones presidenciales de 1970 con Salvador Allende G. y la Unidad Popular. El derrocamiento del gobierno de la Unidad Popular, en 1973, marca el fin del siglo XX chileno. Cabe señalar que planteé esta idea de un corto siglo XX nacional, de manera mucho más temprana que el historiador británico Eric Hobsbawm para el siglo XX Universal. Por tanto no estoy haciendo uso su planteo sino sigo trabajando con mi idea original, ver: Juan Carlos Gómez Leyton: El Estado Capitalista de Compromiso: difícil camino al socialismo, 1938-1973. Ponencia leída en el IV Encuentro de Historiadores, Organizado por IEC-FLACSO-Chile y Academia de Humanismo Cristiano; Santiago de Chile, 1986.

que del siglo XX europeo señala a la Gran Revolución Bolchevique de 1917 como manifestación del poder político e histórico del proletariado y de las clases subordinadas, también, podemos tomar ese punto de partida para el caso chileno. No la revolución –por cierto– sino el hecho que ella fuera la expresión política del poder de las clases trabajadoras. Voy a sostener que en Chile hacia los años veinte y treinta los trabajadores y sectores populares se constituyen en actores políticos modernos. Y, como tales van expresar su poder social y político, ya sea en los partidos políticos populares modernos o en la moderna organización de base social de la época, el sindicato. Es decir, cuando dichos sectores pasan de la condición de actores sociales a la de actores políticos es porque han logrado acumular “poder” para actuar ante el poder del capital y/o ante el poder político constituido². Allí radica su condición de actor político estratégico.

Me explico. De acuerdo a lo señalado por el teórico marxista John Holloway el triunfo del bolchevismo, en la Rusia zarista en 1917, dio inicio a la construcción tanto de una estructura de poder político (Estado soviético) como de un tipo de sociedad radicalmente distinta y de carácter alternativo a la sociedad capitalista en desarrollo en el resto de Europa. Tanto la construcción como el desarrollo de la experiencia política e histórica proletaria en Rusia y luego, no solo, en otros países europeos, sino, también, en otros continentes, significó poner en marcha un proyecto de modernidad abiertamente competitivo con el proyecto moderno capitalista: la modernidad socialista. Por esa razón, estimo que el fin de esa modernidad, en 1991 con el desaparecimiento de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, marca el fin del siglo XX. Y, por consiguiente, el inicio del siglo XXI. La construcción de la modernidad socialista es producto del poder histórico, social y político de los trabajadores. Ellos son la fuerza histórica que la produce y la conduce, por cierto, que a través de importantes mediaciones como son el partido político y los sindicatos. La crisis política e histórica de esa conducción y, finalmente, su desmoronamiento entre 1989–1991, no solo pone fin al siglo XX europeo, sino también al poder de las clases trabajadoras; marca la crisis terminal de su organización política: el Partido Comunista, y debilita fuertemente

² Esta idea está desarrollada en mi artículo “La Clase Trabajadora chilena: la experiencia de la modernidad, 1920-1990” en Revista *Encuentro XXI*, Año 3, N° 7, Santiago de Chile, verano de 1997, Universidad ARCIS.

a la organización social proletaria: el sindicato, y, por cierto, termina con la credibilidad del proyecto moderno socialista. El derrumbe de la modernidad socialista lleva a Francis Fukuyama a proponer nada menos que el fin de la historia con el triunfo del capitalismo y de la democracia liberal a nivel mundial; y al historiador británico Eric Hobsbawm el punto final del siglo XX.

Con el derrumbe del socialismo soviético desaparece el poder político e histórico que se había construido y levantado para hacer frente –a comienzos del siglo XX cronológico– al poder del capital. El poder de los trabajadores deja de ser un contrapoder. La dominación y la hegemonía cultural y política de la modernidad capitalista se imponen sin mayores resistencias en todo el mundo.

Por tanto, el siglo XX se caracteriza desde 1917 hasta 1991, por el constante conflicto entre el poder del capital y el poder de los trabajadores. Por el conflicto entre ambas modernidades. El triunfo de la modernidad capitalista cierra, por consiguiente, el siglo XX.

Teniendo en cuenta este conflicto ordenador del siglo XX. Podemos preguntarnos: cuándo comienza y cuándo termina el siglo XX chileno. Y, qué significado histórico y político tiene para los sectores populares dicho siglo.

Voy empezar por delimitar cronológicamente al siglo XX chileno por su final. Este llegó a su fin mucho más temprano que el siglo XX europeo o universal. Su término lo marca, el 11 de septiembre de 1973. Con el violento derrocamiento del gobierno de Salvador Allende y de la Unidad Popular, se interrumpe el proceso de modernización socialista que desde 1970, el poder popular, el poder histórico y social de los trabajadores, impulsaban en la sociedad chilena.

El Golpe de Estado de las Fuerzas Armadas en contra del gobierno socialista de Salvador Allende, propiciado tanto por los sectores capitalistas nacionales como por el capital internacional, especialmente el estadounidense, no solo destruye el régimen democrático existente en el país sino también el poder social, político e histórico que los sectores populares, trabajadores y sectores subalternos nacionales habían construido a lo largo del siglo XX.

Uno de los objetivos histórico, político y estratégico de las fuerzas sociales y políticas que impulsaron política e ideológicamente el Golpe de Estado de 1973 era impedir la concreción histórica del proyecto político y social que los sectores populares y subalternos nacionales ha-

bían construido, desde los años 20 y 30 del siglo XX en Chile, que no era otro que la modernidad socialista.

Por esa razón, ubico el inicio del siglo XX chileno en el arco temporal de los años veinte y treinta. En dichas décadas del siglo XX cronológico se inicia, se constituye o se comienza a forjar el proyecto social histórico alternativo de los sectores populares con el objeto de disputarle el poder y la hegemonía a los sectores dominantes. Este proyecto de modernidad popular, por cierto, no es el mismo que habían desarrollado los sectores populares durante la segunda mitad del siglo XIX. No se trata de la sociabilidad popular presente en las sociedades de socorros mutuos, en las mancomunales o en otras organizaciones social-populares, sino que se trata de un nuevo proyecto de modernidad que la clase popular y trabajadora levanta como alternativo al propiciado por los sectores dominantes e inclusive a los sectores medios, se trata, del proyecto de modernidad socialista. Pues, debemos advertir, que la modernidad no es algo privativo ni exclusivo del capitalismo o que los procesos de modernización son únicamente de carácter capitalista, también, existe la modernización socialista y, por ende, la modernidad socialista. Esa modernidad socialista tiene como sujetos históricos, centrales, a los sujetos populares, específicamente, a la clase trabajadora. Así, lo entendía Marx. Y, así lo entendieron las organizaciones políticas y sociales populares nacionales. Por esa razón, las dos grandes organizaciones sociales y políticas destinadas a potenciar el proyecto popular fueron, por un lado, el partido político de masas y por otro, el sindicato.

Al analizar la historia social, política e intelectual del movimiento popular a largo y ancho del periodo que va entre 1920-30 hasta 1973 es posible detectar cómo se fue elaborando de distintas formas y bajo diferentes influencias ideológicas, doctrinarias, políticas e históricas el proyecto de modernidad socialista para Chile. La articulación, extensión y difusión de dicho proyecto al interior de la sociedad chilena va a dotar al movimiento social popular de un poder social, político e histórico que le permitirá disputarle directamente la dominación y la hegemonía a las clases dominantes nacionales. El triunfo popular en las elecciones presidenciales de 1970 es la expresión manifiesta de ese poder. Durante tres años las fuerzas políticas y sociales del movimiento social popular luchan por instalar y desarrollar el proyecto socialmente elaborado a lo largo siglo XX. La construcción del proyecto socialista por parte del

gobierno de la Unidad Popular explica el golpe de Estado y con ello el fin del siglo XX chileno.

Por esa razón, considero que la significación histórica y política que tienen los sectores populares del siglo XX chileno –no estoy pensando en los intelectuales populares, sino en las y los sujetos populares– es, en general muy importante, y la percepción política, en particular, es muy valiosa.

Poseen una alta valorización –tanto crítica como acrítica– tanto del pasado democrático como del proyecto político que el movimiento social popular pudo impulsar, desarrollar y de una u otra manera practicar antes de 1973. Los sectores populares, a pesar de la situación subordinada que tenían al interior del sistema capitalista se percibían a sí mismos como actores o sujetos sociales con poder político e histórico. Esa percepción subjetiva de carácter colectivo los hizo sentirse protagonistas y constructores de la historia, y no objetos de dominación.

El olvido institucionalizado existente hoy en nuestro país ha hecho que otras interpretaciones y visiones historiográficas que no provienen, por cierto, de los sectores populares se impongan en la memoria colectiva de las y los chilenos. Incluso, en la memoria popular. Estas interpretaciones niegan o simplemente anulan o tergiversan la acción política de los sectores populares. Pues se trata, fundamentalmente, de la memoria histórica del poder. Por eso, tempranamente en los años ochenta, los historiadores ligados al poder dictatorial se encargaron de señalar que el siglo XX chileno fue un siglo de decadencia del alma nacional. Como fue, por ejemplo, la interpretación histórica y política del siglo XX chileno que elaboró el historiador, aquí presente, Gonzalo Vial.

Según Vial este fue un siglo de “decadencia de la nación”. Pregunta: ¿Por qué el siglo XX chileno es, en su interpretación, un siglo de decadencia? La respuesta estimo que está relacionada con el protagonismo y el poder social histórico desarrollado por los sectores populares durante este siglo, que fue desplazando del poder a las clases dominantes. Al tiempo que construían una “concepción de mundo” totalmente alejada de las sostenidas por los grupos dirigentes históricos, ya sea, conservadores, liberales o socialcristianos. La pérdida sistemática de las fuentes de dominación ideológica de esos sectores, lleva a Gonzalo Vial, a expresar que el alma de la nación y la sociedad misma están en decadencia. En el fondo, la idea que subyace en la tesis de Vial es que las

posiciones desarrolladas desde otros sectores de la sociedad que disputan los valores, creencias, imaginarios, etcétera, y logran imponerse en la sociedad, conducen a la decadencia nacional. Por esa razón, Vial Correa, justifica el Golpe de Estado de 1973 y, la destrucción del poder político e histórico de los sectores subalternos.

Pero volviendo al tema que nos ocupa, el movimiento social popular tiene quiebres y diversos ritmos históricos a lo largo del siglo XX. En los inicios del siglo XX surgen los partidos políticos populares, el Partido Comunista en 1921 y el Partido Socialista 1933. ¿Qué significa para la sociedad chilena que se instalen dos grandes partidos marxistas y populares? ¿Los cuales, además, se plantean el ideario revolucionario socialista y el impulso de la revolución, el cambio y la transformación social conducente a la constitución de una sociedad socialista? Esto significa que en la sociedad chilena se ha desarrollado un poder político popular. Y, cuando digo esto, estoy diciendo, que los sectores sociales que lo sostienen se piensan asimismo con poder histórico: esto significa que se piensan y se asumen con capacidad de “hacer la historia”, de “conducir la historia” en dirección de sus intereses específicos, o sea, hacia la materialización de su proyecto social y político. Esto, sin lugar a duda, implica, conflicto, enfrentamiento, debate, controversia, en resumen, lucha de clases.

Por cierto, cualquier interpretación sobre el siglo XX chileno, no puede desconocer esta situación. Este siglo tuvo como principal característica el permanente conflicto de clases. El cual se expresó en los mecanismos de regulación que estableció el Estado capitalista de compromiso. Esta forma estatal fue la expresión misma de los antagonismos de clase existente, de la presencia de diferentes y contrapuestos proyectos históricos que se conformaron durante el siglo XX chileno.

En fin, desde de la década 1920–1930 se construye un poder social popular que va pugnar, a lo largo de todo el siglo, por alcanzar la realización de su proyecto histórico. Este se fue construyendo, en los hechos históricos, de diferentes formas y tuvo, como hemos dicho, distintos ritmos hasta llegar a 1970. Ese año, en las elecciones presidenciales, triunfó el proyecto social-popular articulado y desarrollado durante el siglo XX. Desde, el 4 de noviembre de 1970, se inicia, entonces, un nuevo proceso de modernización, pero ahora de carácter popular y socialista.

Tengamos presente que en Chile se han puesto en práctica cuatro diferentes procesos de modernización a lo largo de su historia, des-

de 1830 en adelante. A saber, un primer proceso de modernización es el que conducen las elites dominantes durante el siglo XIX largo, que eclosiona en los años 20-30 del siglo XX cronológico, se trata de la modernidad decimonónica; el segundo, es la modernización industrial desarrollista, conducida por los sectores mesocráticos, con la activa participación y colaboración, ya sea, de los sectores populares como de la burguesía industrial nacional. La crisis de este modelo de modernización capitalista posibilitó que el año 1970 se iniciara el tercer de proceso de modernización, el socialista. El carácter socialista, marca la diferencia con los dos procesos anteriores.

La reacción de los sectores dominantes de la sociedad chilena ante el proyecto modernizador popular, fue el Golpe de Estado de 1973, que no fue contra la democracia ni contra el Estado capitalista de compromiso; ni fue producto del mal funcionamiento del sistema político partidista, ni resultado de la falta de acuerdo de los sectores dominantes para darle estabilidad al sistema, como la sociología política chilena ha tratado de explicar la crisis de 1973. El golpe no se produjo porque Salvador Allende sobrepasó o suspendió (cosa que no hizo, por cierto), las garantías constitucionales. No fue por ninguna de las situaciones aquí señaladas. El Golpe de Estado por parte de las Fuerzas Armadas chilenas, fue la reacción de un sector social, también con capacidad histórica, que no estaba dispuesto a entregar ni a renunciar a su proyecto de sociedad. Los grupos dominantes para poner fin a la experiencia de modernización socialista, recurrieron a las fuerzas armadas, o sea, al poder de las armas. La crisis de 1973, constituye una crisis de sociedad, en la cual se enfrentaban en lo sustantivo, los dos proyectos de sociedad que se gestaron y se desarrollaron desde los inicios del siglo XX chileno. En cierta forma, el dilema histórico de los años sesenta era entre una sociedad moderna capitalista o una sociedad moderna socialista. Como toda crisis de ese tipo, su resolución pasaba, por la derrota de uno u otro proyecto. En los hechos, con la intervención militar, se derrotó la experiencia histórica socialista, se desarmó, se destruyó, se persiguió, se asesinó, se hizo desaparecer a la gente que postulaba el proyecto social popular. Al mismo tiempo, que se puso fin a la democracia imperante, a la forma de estado existente, al tipo de desarrollo social y económico, etc. Para superar la experiencia socialista era necesario refundar completamente el capitalismo nacional.

Por todo lo anterior, entonces, es posible sostener que el siglo XX chileno concluyó en 1973. Dándose inicio, al último proceso de modernización que ha afectado a la formación social económica chilena desde esos años hasta hoy en día: la modernización neoliberal.

Se trata más bien, de la reestructuración o mejor dicho, de la refundación capitalista de la sociedad chilena ahora sin un contrapeso, sin un contrapoder social que se le opusiera, puesto que las clases trabajadoras y populares fueron derrotadas política y militarmente por la dictadura militar, que a través de la guerra contrainsurgente, destruyó las organizaciones sociales populares, persiguió a sus líderes, exilió o dio muerte a sus intelectuales, o a las personas que eran los portadores del poder social popular. Por consiguiente, el siglo XX termina con esta masacre que significa el 11 de septiembre de 1973. Se destruye todo lo que había permitido la construcción del poder social popular durante el siglo XX. El principal objetivo político de la dictadura militar así como de los gobiernos concertacionistas ha sido impedir la recomposición del poder social popular. Por la crisis tanto teórica e histórica y política del movimiento social popular desde 1973 en hasta el día de hoy, parece ser que dicho objetivo ha sido logrado. Por esa razón, el siglo XXI se va configurar, a diferencia del siglo XX, sin un poder social popular manifiesto, visible y eficaz.

Así, entonces, el siglo XXI, se nos presenta como un siglo de irrestricta dominación y hegemonía capitalista neoliberal. Las fuerzas sociales capitalistas dominan en todas las esferas de la sociedad chilena. El sistema social, político y económico imperante hoy es un sistema, verdaderamente, totalitario, fundamentalmente, por las sutiles formas de dominación, control y penetración que ejerce y se extienden por toda la sociedad. Además, por la permanente posición unívoca existente sobre cualquier materia, por parte de los diversos actores políticos y sociales participantes y defensores de este sistema. A modo de ejemplo, podemos citar al Presidente E. Frei y su intervención en la pasada Cumbre Internacional. Para él, hay una sola democracia posible: la representativa (neo) liberal que debe, para ser estable y gobernable, ser perfectamente protegida como la chilena, y por tanto, hay tan solo un sistema económico eficiente (la economía de mercado). En definitiva, existe un solo tren para la historia. Y ese tren es conducido por el capital mercantil financiero nacional e internacional. Frente, a esta univocidad de la historia actual, se nos plantea, que cualquier alternativa posible está conde-

nada al fracaso. Podríamos seguir detallando diversos elementos que constituyen este poderoso totalitarismo neoliberal, o ultraliberalismo, pero quisiera plantear algunas cuestiones referidas sobre mi perspectiva del siglo XXI chileno.

El siglo XXI, desde la visión de los sectores populares es involutivo en muchos aspectos; y cuando digo “un siglo XXI involutivo”, me refiero a que de alguna forma, se han retomado las tendencias o formas históricas propias de la modernización oligárquica decimonónica.

Es involutivo en lo económico, en el sentido, en que se ha regresado al modelo de desarrollo económico nacional basado en la exportación de productos naturales al mercado mundial, tan propio de la modernización del siglo XIX. Por esa razón, en su momento, el economista Aníbal Pinto señaló que el modelo económico neoliberal era una “vía hacia el siglo XIX”.

Este es un modelo que hoy en día está entregando, cada vez más, las riquezas naturales al capital extranjero, a las transnacionales. Señalaba Álvaro Díaz que la privatización de CODELCO, no se iba a realizar: el capital extranjero y nacional no tiene urgencia ni necesidad –aún– de privatizar CODELCO, porque el Estado le está entregando la propiedad de otros yacimientos de cobre al capital privado. Se dice, por parte de las autoridades de los gobiernos concertacionistas como de los ejecutivos de CODELCO, que se tiene el 49% de las acciones de los yacimientos de El Abra o de Radomiro Tomic u otros yacimientos; todos sabemos que el 49% no significa que se tiene el control de la empresa, quien lo tiene es el que posee el 51%, y quien posee, el 51% de las acciones, es el capital extranjero. De esa forma, se están devolviendo las riquezas básicas de Chile al capital internacional, involucionando desde la nacionalización a la privatización. Hoy se olvida que la recuperación de las riquezas naturales para la sociedad chilena fueron una conquista política y económica contemplada en el proyecto social popular y realizada durante el gobierno de Salvador Allende. Cabe señalar que esta fue la única conquista que la dictadura militar “respetó” porque le servía para sus propios intereses.

Desde una perspectiva histórica, se sabe, que el modelo primario-exportador llegó a una meseta, que marca los límites de su crecimiento. Esperanzadoramente, Álvaro Díaz, señalaba que el actual modelo exportador debía entrar en una segunda fase de desarrollo o de expansión. Esta consiste en desarrollar una industria asociada. Si no mal recuerdo, existe

tan solo un texto de historia económica que ha tratado de analizar la relación existente entre el desarrollo del modelo exportador asociado a un desarrollo industrial. A pesar que los autores no estarán de acuerdo con mi apreciación, pienso que el libro de Julio Pinto y Luis Ortega en esa materia, más bien prueba lo contrario: que nunca hubo un desarrollo asociado de la minería exportadora con la industria, a pesar de los intentos de los autores por demostrar, justamente, lo contrario. Por consiguiente, tampoco se puede esperar que este modelo pueda impulsar el desarrollo industrial.

Por otro lado, hay una involución democrática. La democracia chilena que se desarrolló durante el siglo XX tenía imperfecciones, pero a pesar de todo, era un sistema democrático que permitía la representación de todos los sectores políticos y de la gran mayoría de los sectores sociales. Dicha democracia tuvo fracturas importantes como, por ejemplo, cuando se puso fuera de la legalidad democrática al Partido Comunista entre 1948 y 1958.

Sin embargo, la democracia involutiva que tenemos hoy en día no permite la representación de todos los sectores sociales y políticos de la sociedad chilena. Es una democracia cerrada. Estimo que a la Concertación de Partidos por la Democracia, no le interesa abrirla. Este “cuento”, de los enclaves autoritarios que se argumenta para justificar la no profundización democrática, es eso, justamente, “cuento”. Lo que realmente sucede es que no existe la voluntad política de profundizar política y socialmente esta democracia. Se trata de una democracia perfectamente protegida, que excluye a importantes sectores sociales de nuestro país. Entonces, comparativamente, con la democracia chilena del siglo XX, se trata de una democracia involutiva, en el sentido que se ha vuelto a formas políticas ademocráticas.

Hay también una involución social. Durante el siglo XX chileno, la pobreza pasó a ser una preocupación de la política, podríamos decir, estatal-pública. Desde el Estado se generaban políticas sociales nacionales, integrales para enfrentar el problema de la pobreza. A partir de la reestructuración capitalista se privatizó la gestión de la pobreza y se solicitó, a diversos organismos sociales privados, desarrollar iniciativas sociales, económicas, culturales, para combatirla. El Estado, por su parte, generó políticas focalizadas para atender a los grupos más vulnerables y/o más peligrosos para el sistema de dominación existente. Hay una involución en ese sentido, el Estado no se hace cargo de este problema social, sino que

se lo entrega a los mecanismos del mercado y, también, a los privados, e incluso se pide a los propios pobres que se hagan cargo de su pobreza.

Por último, hay una involución utópica. El siglo XX significó construir utopías globales, colectivas, donde la ciudadanía, el pueblo, se comprometía, apasionadamente, por ellas. Se comprometía en la acción, se la jugaba por esas utopías integrales y colectivas. Hoy se plantea que hay que abandonarlas, y que hay que plantearse tan solo utopías particulares, individuales. Cada uno de nosotros somos una utopía, en sí; cada uno de nosotros puede tener su propia utopía, o sea, su propio, exclusivo y único proyecto social histórico. No debemos interesarnos ni solidarizar con el proyecto de los demás.

Sin embargo, algunos sectores populares resisten este embate de la modernidad capitalista neoliberal con asociación social y cultural. Pero en ese aspecto, también, se aprecia una cierta involución histórica, pues a la historia ya no la piensan a futuro, sino, muchas veces la piensan “hacia atrás”, y ven en las organizaciones sociales que se desarrollaron en el siglo XIX, las fórmulas para enfrentar este presente. La vuelta al mutualismo, a las sociedades de socorros mutuos, a lo local, al desarrollo de solidaridades colectivas cortas, nucleares, etcétera. Implica un regreso a la sociabilidad popular del siglo XIX. Esta vuelta, en el fondo, es hacia las solidaridades colectivas fuertes pero que tienden a resolver hacia adentro los problemas sectoriales de los grupos sociales que se organizan. Sin embargo, no los potencian para resolver hacia fuera los problemas sociales que por lo general no son particulares sino más bien colectivos, societales.

En vez, entonces, de potenciar al movimiento social popular en un sentido más global se busca desarrollar movimientos sociales particulares apolíticos. Recordemos que la superación de la solidaridad mutualista del siglo XIX abrió la posibilidad de denunciar y señalar la responsabilidad de toda la sociedad y, especialmente, de los grupos dirigentes por la suerte que corrían sus miembros. Al mismo tiempo, permitió la construcción de proyectos sociales de mayor envergadura, o sea, el plantearse el tema de la construcción de la sociedad futura. Hoy ello no ocurre, pues se trabaja en lo particular y no en lo general.

Para finalizar, entonces, al siglo XXI, lo caracterizo como un siglo eminentemente neoliberal. Debido esencialmente a la carencia de un contrapoder social, político e histórico popular que levante un proyecto alternativo a la actual dominación y hegemonía del capital neoliberal.

Santiago Centro, UARCIS, noviembre de 1996.